

Sr. Roberto Marcallé Abreu
Premio Nacional de Literatura 2015

Palabras de agradecimiento

Agradezco a la Fundación Corripio, y particularmente a su fundador, el dedicado amigo José Luis Corripio Estrada, Pepín, al Ministerio de Cultura, dignamente representado por José Antonio Rodríguez, a los Honorables Señores Rectores, a don Jacinto Gimbernard, al doctor Jorge Tena Reyes, al licenciado Miguel Phipps y al profesor José Alcántara Almánzar por su aleccionadora probidad intelectual.

Este Premio Nacional de Literatura posee un significado tan íntimo que me resulta difícil describirlo con palabras. Pienso en Vasili Grossman, escritor ruso fallecido en 1964 y en su novela *Vida y destino*. Grossman nos advierte que la libertad y la conciencia pueden ser aplastadas por aquellos que procuran que el hombre pierda su capacidad de sentir y amar.

Chinua Achebe, escritor africano de trascendencia universal, nos cuenta a su vez de un hombre fuerte y orgulloso que es testigo impotente de la liquidación de su pueblo. Esta es la condición del escritor. Y este es el compromiso que con énfasis nos recuerda este Premio.

Ser parte de esta lista tan selecta de hombres y mujeres de letras significa que mi vida acaba de ser impactada por un grave acontecimiento. He reflexionado que este título posee implicaciones que trascienden lo material y tocan de forma decisiva nuestro yo espiritual

Cuando uno de los personajes de mis novelas atraviesa por una situación complicada cierro los ojos y reflexiono. Consciente de que en esta ocasión yo era el personaje, me descubrí de repente en la agreste falda de una montaña. En las alturas vislumbré varios rostros. Se trataba de aquellos hombres y mujeres que, a lo largo de varios decenios, han recibido este Reconocimiento.

Entonces me observé a mí mismo, cuando, sin estar totalmente consciente de ello, ya había emprendido el camino. Apenas era un niño. Tenía a mi favor la curiosidad, el ímpetu y una poderosa vitalidad.

Decidí preguntarme sobre el significado de este galardón. Me respondí a seguidas: mi responsabilidad es ahora mayor. Hacia las letras, hacia todos ustedes, hacia mi esposa, mis padres, mis hijos, mis hermanas, mis amigos y mi pueblo. Anhele que sientan y vivan lo que yo siento y vivo. Anhele que piensen en lo que significa dedicarse a este oficio.

Era un chiquillo cuando empecé a descubrir la gente y las calles del barrio donde llegué a la vida. Yo observaba los rostros, los gestos y las actitudes de los hombres, las mujeres y cuanta persona me rodeara.

Adiviné que en cada individuo que cruza a nuestro lado se oculta una historia. A veces cuando retornaba del colegio observaba a numerosas señoras que caminaban cerca. Llevaban vasijas. Sus ropas eran viejas y descoloridas. Se cubrían la cabeza con pañuelos multicolores para protegerse de la violencia del sol. A ellas les regalaban comida y leche. Sus rostros eran tristes y en los gestos era fácil vislumbrar un dejo de resignada amargura.

Quizás este fue uno de mis primeros contactos con seres humanos a quienes una existencia desafortunada ha arrastrado a los abismos de la dignidad perdida.

En esos años, como ahora, todo convocaba mi atención. El olor a café de las mañanas. La brisa que hacía bailar los pinos, las acacias y los arbustos de cayena. Los aguaceros que inundaban las vías. Al decidirme por las letras, me transformé en un testigo. Yo ya era un testigo.

Observaba el ámbito de otro barrio, el Don Bosco. Rincones poblados de árboles principalmente de cajuiles solimanes, acacias. No eran las mismas personas en sus maneras de caminar y hablar, de vestir y comunicarse.

Un poco más allá, se extendía Gascue. El silencio era casi opresivo. Las casas eran mágicas y de una arquitectura extraña y única. Recuerdo sus jardines de pinos enanos, sus trinitarias.

Me atenazaba el imperativo de escribir, recrear una vida y un universo con una simple mirada. En una ocasión mi madre me cuestionó sobre esas historias. Me comentaba, entonces, de manera misteriosa: “Parecen de verdad... y no lo parecen”.

En una sala privada de mi padre descubrí decenas y decenas de libros. Tomé uno al azar. Creo que se trataba de *Los miserables* de Víctor Hugo. Empecé a hojearlo y ya no pude abandonarlo. Descubrí luego a Dumas, Verne, Feval, Wilde, Papini, Jorge Wells, Stevenson, Shakespeare, Homero.

Los libros me excitaban y exaltaban. Mi vida se estaba transformando en una aventura. Sentía el imperativo de reproducir cuanto veía, darle un sentido o esclarecer secretos que me estaban vedados.

Recuerdo el rostro de mi padre cuando retornaba al comedor tras escuchar a escondidas emisoras foráneas que criticaban a Trujillo. Pese a que en la sala un cuadro proclamaba que “En esta casa Trujillo es el jefe” cuando se anunció que el dictador había sido ultimado, su alegría lo traicionó. Gritó: “Está muerto y nadie va a revivirlo”. La cena de esa noche fue una celebración.

Era el 1961. De repente las calles se llenaron de gente impetuosa. Se escuchaban disparos y se derrumbaban estatuas. Las personas evidenciaban cambios drásticos en su actitud. Los hechos se sucedían sin tregua: la elección y derrocamiento de Bosch, las guerrillas encabezadas por Manolo, la insurrección del 65, la invasión estadounidense.

Se escribía la historia día a día. Nunca se sabía del todo cuanto pasaba y de ahí la necesidad de ayudarse con la imaginación y con la razón. Los ojos del escritor son escrutadores. Intuyen su inclinación por las verdades trascendentes, por la defensa de los débiles y las víctimas. En las honduras de su ser detesta la manipulación y los intereses inconfesables.

El escritor crea personajes, tramas, encrucijadas. En las consecuencias reposa el destino de todos. Observemos el horizonte: los riesgos son mayores ahora. El hombre de letras nos sostiene en la tarea de descifrar las señales. La literatura es un escenario crucial donde se debate el bien y el mal. Y nuestro destino.

Juan Bosch dijo en una ocasión que el escritor es un hombre de su tiempo y por serlo tienen que afectarle las condiciones en que viven las personas. Estas palabras representan las motivaciones esenciales que han conducido mi ejercicio durante varios decenios. Y son las verdades y las metas que me han servido de inspiración y guía. El otorgamiento de este Premio Nacional de Literatura nos indica que no hemos errado el camino. Seguiremos, pues, porque se hace camino al andar. Mis gracias ilimitadas, profundas, llenas de amor y agradecimiento a todos ustedes. Gracias de todo corazón.